Enseñar, razón y pasión

Fatiha Benlabbah
Instituto de Estudios Hispano-Lusos

No voy a hablar de la situación del español en Marruecos, tal como se viene anunciado, tal como al principio era mi objetivo.

Hablar de este tema me iba a llevar a presentar cifras sobre la presencia del español en la enseñanza secundaria, en la universidad, de los departamentos de español que ven cada año reducirse el número de estudiantes, lo mismo pasa en la secundaria. Hablar de la falta de entusiasmo que está extendiéndose por aulas, alumnos y profesores: unos preocupados por la inseguridad del futuro, se preguntan por el interés de estudiar la literatura, por ejemplo; otros estresados, corriendo todo el tiempo a contrarreloj, la demasiado rápida sucesión de los semestres, de los controles y exámenes y deliberaciones. De forma que nos preguntamos si el sistema les deja el tiempo de reflexionar sobre la enseñanza y el aprendizaje, de reflexionar para comprender el por qué la profesión ha dejado de ser motivadora, hasta el punto que hoy en Marruecos se carezca de profesores de español.

Inspirada por el programa de este congreso, he optado por compartir con ustedes impresiones, observaciones y convicciones sobre nuestra profesión, sobre el acto pedagógico y su complejidad, sobre la relación pedagógica y lo que en ella hay de frágil, pero apasionante.

El pedagogo es un investigador porque su relación con el saber no es dogmática. Desde luego el profesor sabe siempre más que los alumnos. Pero quien busca, explora, reexplora, descubre nuevas formas para explicar, nuevas palabras para expresar, para dar a los alumnos todas las oportunidades de comprender y asimilar es él.

Daniel Cassany, Ahmed Kissami, Chaoudri y Marimon, Bakkali, M.ª Ángeles García y Gisela García, Belaaichi, Chakour, Acuña, Fornés, Moreno, Ortega y Ortiz, Benítez, Amehdar y Messaoudi, Ana Martínez, Lahssini, Serfati, Bouallal, García Viñó y Massó, Yolanda Pérez, Natividad Hernández y Álvaro García Santa-Cecilia, están demostrando y confirmando que son pedagogos investigadores, pues parten de la observación y de la experiencia propia y proponen nuevas claves para mejorar la metodología de la enseñanza de la lengua española como lengua extranjera.

Enseñar es una profesión que cambia constantemente, progresa y se renueva sin cesar; en ella nada puede considerarse definitivamente adquirido. La actitud del profesor es la de cuestionar y cuestionarse sobre los medios que se pueden utilizar para facilitar el aprendizaje: trabajo en grupo, trabajo individual, ejercicios, análi-

sis de textos, métodos lúdicos, o centrados en manuales, métodos basados en la gestualidad…

El profesor es como el entrenador que crea un espacio y unas situaciones favorables para que el otro, el alumno, avance, busque y encuentre medios para aprender por sí solo; pero no sin su ayuda, su mirada y su control, que le permitirán progresar, corregir sus errores y remediarlos. Darle confianza en sí mismo y en el profesor.

Esta es la dimensión de la docencia que corresponde a lo que llamo «la razón». El camino del aprendizaje se hace (o ha de hacerse) en base a modalidades y objetivos que en el campo de la pedagogía han sido determinados en función de diferentes percepciones y teorías o corrientes. Si queremos: una corriente preconiza un aprendizaje libre, otra preconiza la pedagogía del interés del alumno (lo que le interesa), es la corriente psicopedagógica; el utilitarismo funcional: transformar el saber en competencias, en habilidades sociales o profesionales, donde es la adecuación del aprendizaje como preparación para la vida profesional futura lo que prima. Imagino que las ponencias de los profesores Aida Benítez, Messaoudi y Amehdar trataron de esto.

Existe, sin embargo, una dimensión, fundamental, a la que no se da en nuestra escuela, en nuestra universidad, toda la importancia que merece: el placer de enseñar, el placer de aprender. Sin pasión no hay innovación; sin pasión se instala la rutina y la rutina produce malos profesores y malos alumnos y estudiantes. La pasión es comunicativa.

Entusiasmarse y entusiasmar a otros es siempre posible y deseable.

Hace años, tuve que afrontar un dilema en clase, el tipo de dilemas que se crean en contextos culturales diferentes. Era en la clase de poesía española que yo impartía a estudiantes marroquíes totalmente impregnados de cultura árabe e islámica. Había programado para ellos el estudio de las corrientes poéticas y estéticas vanguardistas en la España de las tres primeras décadas del siglo xx. Uno de los periodos más florecientes de la poesía y de la artes en Europa y en España en particular. Estudiábamos la obra de Luis Cernuda, un poeta surrealista que además era homosexual. En Luis Cernuda como en Vicente Aleixandre la dimensión erótica era importante. De ahí la reacción de una estudiante que puso en cuestión el estudio de este tipo de poesía, para ella meras elucubraciones íntimas. ¿Por qué tenemos que estudiar la obra de un «marica»?, me dijo.

A causa de la reacción de la estudiante, el reto se volvía doble para mí: pedagógico (porque los estudiantes siempre se quejan de que la poesía es un género literario difícil) y cultural.

Me di cuenta entonces de la complejidad y de la fragilidad de la relación pedagógica.

La complejidad, la fragilidad proviene de la existencia del saber anterior (tanto del profesor como del alumno) y de la cultura. Se trata de cosas que preceden la

actividad docente. Pero el deseo de enseñar y de aprender debe permanecer vivo. La relación pedagógica ha de lograrse.

Evoqué la nobleza del arte, de la poesía, la importancia del estudio de la poesía española del siglo xx para la carrera universitaria de los estudiantes, hablé en términos psicopedagógicos y de utilitarismo funcional.

El reto para mí era lograr que emergiera en los estudiantes el deseo y el placer de aprender, de explorar algo nuevo para ellos: que acabasen entusiasmándose por la poesía, o por lo menos por mi clase de poesía, transmitiéndoles mi propia pasión.

Mi estrategia tenía que centrarse en la manera de presentar el saber. Permitir al otro, el alumno, acceder a su propia inteligencia y a la comprensión de las cosas, del mundo, de las culturas del mundo, y formarse un saber intercultural, a través de la materia que yo proponía y que a mí me apasionaba.

¿Cómo?

Enseñándoles a estudiar la poesía para explorar los arcanos de un género particular en el que el lenguaje cobra otras dimensiones, en el que la relación entre lo real y lo imaginario puede resultar muy sorprendente, en el que, finalmente, los poetas liberan su imaginario y su creatividad. Resaltar, en fin, lo bello que es el género poético. Para suscitar la creatividad de los alumnos a nivel lingüístico y literario. La identidad del poeta o su problema personal (la homosexualidad) resultaba pertinente tomando en consideración el contexto histórico-social en el que le tocó vivir: los poetas afirmaban su inconformismo y su libertad con respecto a las normas sociales y morales que ellos rechazaban. Llevar finalmente al alumno a reflexionar un poco sobre el papel del intelectual en la sociedad en la que vive, o en el mundo en que vivimos.

Descubrir todo esto con alegría: la alegría del explorador. Ir de una sorpresa a otra en el descubrimiento de las proezas poéticas. Para mí, como profesora, todo era una re-exploración de mi propio saber.

Para despertar más el interés de los alumnos y aumentar el placer de aprender y comprender, procuré contextualizar la obra (primeras décadas del xx, guerra mundial, crisis), mostrar cómo evoluciona el mundo de las ideas, cómo progresa el arte y, sobre todo, llevar a los alumnos a mirarlo todo también desde su propia perspectiva cultural, animándoles a comparar, a preguntarse por lo que pasa en su propio mundo. Una manera de despertar su interés y de implicarles, de encontrar el placer de comprender. Demostrar que el profesor no es un transmisor de un saber fosilizado. Y que podemos, desde el interior de nuestro saber, estimular la inteligencia y la pasión de aprender.

Innovar en el ámbito pedagógico es también esto: esa capacidad que yo tengo, que tú tienes, de volver nuevo un saber antiguo; de implicar al alumno, a través de la invitación que le haces a comparar mundos, culturas, pensamientos, ideas;

lo ajeno y lo propio; la ocasión que le brindas de comprender quizás mejor, o de otra forma, lo propio a través de lo ajeno.

En los ojos de los alumnos, a través de sus reacciones, preguntas, concentración y su rendimiento posterior, te das cuenta de que tu hacer, tu manera de enseñar la literatura, da resultados, es eficaz. ¡Te sientes feliz! Feliz de haber contribuido un poco a que comprendan la búsqueda del Señor de la Mancha, la rebeldía y el inconformismo de escritores como Cernuda o José Ángel Valente, la extraordinaria creatividad de García Márquez…

Del aprendizaje de una lengua extranjera al descubrimiento de un pensamiento, de expresiones literarias, de una cultura, entrar en ella, se llega a la construcción de una mirada más inteligente sobre lo otro y lo propio.

La pasión de enseñar puede hacer nacer la pasión de aprender y de comprender. La pasión de despertar la curiosidad, de suscitar el entusiasmo.

El entusiasmo, la pasión por aprender, hacen falta hoy en nuestras escuelas y en la universidad.